

La silla vacía

No me mires así, que no estoy borracho. Bueno, un poco sí, pero no lo suficiente como para inventarme esto. Además, cuando invento, adorno más. Esto no tiene adornos. Esto pasó como pasan las cosas que después uno no sabe dónde guardar.

Espérate, antes te tengo que contar otra cosa.

Mi papá tenía una silla. No era especial ni antigua. Una silla cualquiera, de madera, con una pata medio floja que nadie arreglaba porque en mi casa las cosas no se arreglaban hasta que ya no servían. Estaba en la sala, cerca de la ventana. Él se sentaba ahí por las tardes, con el control remoto en la mano, viendo noticias que no escuchaba y mirando la calle como si esperara a alguien.

No hagas esa cara. Ya sé. Suena triste. Pero en ese momento no lo era. Era mi papá. Uno crece creyendo que ciertas personas son parte de la casa. Están ahí. Dicen lo mismo. Se quejan igual. Y uno piensa que siempre va a tener tiempo.

Sírveme otro poquito. No mucho. Solo para que la garganta no se ponga dramática antes que yo.

La última vez que fui a verlo, estaba en esa silla. Más flaco, eso sí. Con la camisa abotonada mal, porque después de cierta edad hasta los botones se cansan de uno. Me dijo: “¿Ya comiste?” No “te extrañé”. No “qué bueno verte”. Solo eso: “¿Ya comiste?”

Y yo, que siempre fui muy orgulloso para reconocer el amor cuando venía mal vestido, le dije que sí. Mentira. No había comido nada. Pero en mi familia uno respondía rápido para no abrir conversaciones.

Entonces él se levantó. Despacio. Fue a la cocina y me calentó arroz. Arroz viejo, de la mañana, con un pedazo de queso frito que seguramente era suyo. Me puso el plato en la mesa y se volvió a sentar.

Noel H. Hodgson

Yo comí de pie.

Eso es lo que más me persigue, fíjate. No que se haya muerto después. No el hospital. No la llamada de mi hermana. No el ataúd. Eso fue duro, claro. Pero lo que me persigue es que comí de pie. Como si estuviera de paso. Como si él también estuviera de paso. Como si no hubiera una silla frente a él donde yo podía sentarme diez minutos y decirle cualquier estupidez: que el arroz estaba bueno, que la pata seguía floja, que yo también estaba cansado.

Pero no. Comí rápido.

Él me miraba desde la sala. No de frente. Así, de lado, como miran los hombres que no aprendieron a pedir compañía sin parecer débiles. Y yo sentí que quería decirme algo. O quizá eso lo inventé después, no sé. La memoria también es una mentirosa con buenas intenciones.

¿Qué? No, no lloré ese día. Ese es el problema. Me fui limpio. Correcto. Le dije: “Nos vemos.” Él levantó la mano sin levantarse.

Dos semanas después, mi hermana llamó.

Ya sabes cómo son esas llamadas. Uno contesta y antes de escuchar la noticia ya el cuerpo la sabe.

Cuando llegué a la casa, la silla seguía ahí. Vacía. La pata floja, la ventana abierta, el control remoto sobre el asiento, como si él hubiera salido un momento y fuera a regresar a quejarse del calor.

Y yo hice algo ridículo.

Me senté enfrente.

No en su silla. Eso no. Hay lugares que uno no ocupa aunque estén vacíos.

Noel H. Hodgson

Me senté enfrente, donde debí sentarme aquella tarde, y le conté todo. Que no había comido ese día. Que el arroz estaba bueno. Que sí me di cuenta de que me dio su queso. Que perdón por vivir como si conversar con él fuera una deuda que podía pagar después.

Mira, no te burles, pero desde entonces, cada vez que voy a esa casa, arreglo la pata de la silla. Ya la he arreglado como cinco veces. Se vuelve a aflojar. Siempre.

A veces pienso que está bien así.

Hay cosas que uno sigue arreglando, no porque puedan quedar perfectas, sino porque es la única forma que encontramos de quedarnos un rato más.